

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

ESTE es Felipe IV. Nin-gúr Monarca nos ha mostrado como éste un panorama más confidencial de su intimidad. Sus aventuras, tan escandalosamente proclamadas, y sus desdichas políticas han enmascarado la verdadera psicología de este rey salmista, siempre en el filo del pecado y del arrepentimiento.

En un reinado tan complejo y tan acosado como el de Felipe IV—"El Rey de España es un generosísimo lebrele que pasa solo por una calle y no hay gozque en ella que a ladralle no salga", se dice en el "Diablo Cojuelo"—es difícil hallar un diagnóstico simple y unitario de la personalidad de este Monarca.

En medio de esas arrebatadoras fiestas que duraban días, le rondaba a Felipe IV la idea de la muerte como una obsesión. Un soneto a ella dedicado por el Monarca termina con este soberbio terceto:

Es un bien no estimado, de tal suerte
que todo lo que vale nuestra vida
es porque tiene necesaria muerte.

En la segunda parte de su reinado, a partir de 1643, la imagen del Rey se ennoblecía y casi podemos decir que, a través de los múltiples testimonios personales que de él conocemos, nos inspira una profunda pena. Es un Rey bíblico. Asume en su dolor el dolor de su pueblo y se hace responsable por sus flaquezas y pecados de las desgracias que caen sobre su patria. "Solos mis pecados son los que me hacen la guerra y los que ocasionan todas las calamidades que padece esta Monarquía."

No creo que haya en toda la Historia una tal conciencia de un papel de un-gido como el de Felipe IV, en sus responsabilidades ante Dios. Su nota permanente es la del arrepentimiento y lamentación ante las flaquezas del alma y de la carne, que le hacen sucumbir. A través de sus cartas a sor María de Agreda, comprendemos la necesidad de este Rey de tener a su lado un confidente en quien descargar sus cuitas íntimas. Era la hiedra que sólo puede vivir adherida al tronco de una robusta personalidad. Y si antes era el Conde-Duque, desde la jornada de Aragón de 1643 fue, hasta su muerte—murió el Rey sólo tres meses después de la Venerable—, la monjita de Agreda. Esta mujer fue el eje de su pensamiento en la esfera espiritual, en la íntima y afectiva y, a veces, también de la política, del Monarca. En esas cartas—nuevamente publicadas ahora por Carlos Seco—se nos revelan sus desgarramientos, sus decepciones, sus esperanzas siempre fallidas, su continuo arrepentirse como un ronroneo incansante, y su entrega siempre doliente a la voluntad de Dios.

Esta correspondencia tuvo su origen en la necesidad de confidencia que sienten las almas débiles y doloridas. Su justificación se encuentra en la primera carta: "Yo, aunque suplico a Dios y a su Madre Santísima nos asistan y ayuden, fío muy poco de mí, porque es mucho lo que le he ofendido y ofendo y justamente merezco los castigos y aflicciones que pa-

UN REY BIBLICO

dezcó." Y relata a continuación las calamidades que amenazan a su reino fundiéndose con el dolor de sus súbditos y aun con las responsabilidades ante la Historia. Portugal rebelado, Flandes "en gran aprieto y riesgo de una sublevación", el reino de Aragón turbado y casi desgajado, "y no es esto lo que más me aflige, sino tener por cierto que esto nace de tener enojado a Nuestro Señor".

Las contestaciones de sor María alcanzan también trémolos patéticos de coral bíblico: "Clamemos y lloremos todos ante su Ser inmutable para que nos mire con ojos de misericordia, y obliguémosle con la enmienda de las vidas para satisfacer a su justicia y obligar a su inmensa bondad." Y otra vez, y de manos del mismo Rey, vuelve Job a servir de modelo a los abandonados. Hay en las contestaciones de la monja todos los consuelos tópicos, todas las advertencias mil veces oídas, todas las admoniciones y esperanzas de manual piadoso. Pero en las palabras del Rey se advierte la palpación directa del dolor, la presencia de las tremendas contrariedades que cercan a la Monarquía. Su lamento es constante: "Todo está en estado que si el Señor no nos asiste temo la última ruina de esta Monarquía." Pero también la esperanza de que santificando su vida la salvación será cierta. "Si yo acertase a amar a Dios como debo, es cierto no le ofendería, con que nada me podría suceder mal, ni ser contrario ningún suceso." "Nuestros pecados (y particularmente los míos) son el motivo de los aprietos y castigos que merecemos."

La realidad era muchas veces superior a sus angustias. Pero un pesimismo de pecador regio, de protagonista de tragedia antigua, le lleva a caer a los pies de la divinidad en ancha súplica. Se siente que a sus espaldas, con más grandeza que cualquier Soberano del pasado, queda más de medio universo pendiente de sus flaquezas. Y su miseria es mayor que la de Job, pues en este personaje su desvalimiento procede del rayo de dolor que ha caído sobre él. Pero en nuestro Monarca—afín en esto a los más delicados análisis de nuestra sensibilidad—, el gran drama de la caída de España se realiza

en su conciencia. Felipe IV, con exacerbado sentido de responsabilidad de tipo cristiano, se siente más víctima de sí mismo que del destino. Todas sus palabras son golpes en el pecho del pecador. Se ofrece como víctima no inocente. Con una clarividencia que hace inútiles los consuelos de la Venerable, se encuentra solitario y culpable ante todos los ejemplos de la Antigüedad bíblica. En vano le arguye sor María con David, con Daniel, con Jonás. Pero el Rey le contesta: "Mucho me alienta ver lo que merecieron con padecer tribulaciones los que referís en vuestra carta; mas como ellos eran justos merecieron los favores divinos, pero yo, como soy pecador, no merezco sino castigos justos." Sus inmensos dominios empiezan a resquebrajarse. Y en medio de una desolación que puede contener la marcha del sol, el Rey, aislado por su misma grandeza, no sabe "como desenojar a Nuestro Señor". Cada flaqueza del Rey es un reino que se pierde. Es inaudita la magnitud de la sensación de culpabilidad de este Monarca cuyos trenos, dirigidos a una pobre monjita y despojados de convenciones literarias, forman la confesión más rigurosa y de más grandioso vuelo de toda la Historia. En ese 1655 todo se conjura contra España, y aquí, como dice el Monarca, "nos falta absolutamente todo".

Y en vez de reposar en la imposibilidad de luchar, más que contra fuerzas, contra leyes históricas, hace brotar de su espíritu las fuentes de las desdichas. Y su consuelo no lo encuentra en los graves consejeros de Estado, sino en esa monja que le habla de la gracia y del embeleso de los favores divinos. Es un diálogo que supera a los más altos pensamientos de la tragedia clásica. Un Rey de verdad, en congoja permanente, en confesión amarga, justificando las catástrofes de sus reinos por sus ofensas a la divinidad. Y sor María como un coro antiguo, remansando sus dolencias, aconsejando prudencia y esperanza, aceptando un destino que sólo puede aliviarse con plegarias. El Rey siente que los castigos a sus debilidades se convierten en derrotas a sus ejércitos. "Yo soy el que ha pecado y no mis vasallos", dice Felipe IV a la manera de David. Y con su expiación quiere librar a su Monarquía de toda sombra de daño.

Son las suyas lamentaciones de rey salmista. Ya sólo espera el remedio y la salvación de su reino de la ayuda y protección de Dios. Es así, entregado al poder de la Providencia, desolado, con sólo las fuerzas del espíritu, como se puede comprender la grandeza de su último retrato por Velázquez. Hay en esta imagen un estoicismo cristiano. Se presenta ante la Historia como un nuevo Job. Despojado de todos los lustres y atributos de la realeza. Frontal, confidente, libre de vanidades y de arrogancia. En la plenitud de su humanidad ahora tan doliente, pero erguido también, como quien sabe que el futuro es misterioso y está en las manos de Dios.

José CAMON AZNAR

Con el calor, aumenta
la dispepsia,
defiéndase con
**"SAL DE ENO
FRUTA" ENO**
DIGESTIVA • TONICA • REFRESCANTE